



EL CORREO DE LA MODA.

Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Núm. 10 | Exclusiva para recibir anuncios: AGENCIA ESCAMEZ, Preciados, 35, Madrid. | Madrid 10 Marzo 1881. | En Paris, única casa corresponsal: AGENCIA EWIG, Rue Flechier, 2 | Año XXXI

SUMARIO.—Explicacion de los grabados.—Traje de paseo para señora.—Traje para señorita.—Coña de mañana.—Fichú de tul bordado en oro.—Sombrero Page.—Berta y peinado para teatro.—Abanico: bordado morisco.—Medias de seda bordadas con seda y oro.—Cenefa bordada sobre terciopelo para silleras.—Borlas para lambrequines, cortinajes ó tapetes.—Cenefa bordada á la cruz.—Cenefa. Bordado del Renacimiento, para muebles.—Cenefa con puntilla de oro.—Tapete para velador. Bordado oriental.—Silla bordada de aplicacion.—Entredos y puntilla de encaje de bolillos trabajados con oro y plata.—Cenefa. Bordado italiano sobre cañamazo malla.—LITERATURA: Efectos de la educacion, por Antonio Maria Flores.—Medina Azzahra, por Clemencia Larra.—Dómine, ¿quó vátis?... por Antonio de San Martin.—Bienaventurados los pobres de espíritu, por Vicente Cuenca.—Variedades.—Explicacion de los figurines 1.445 y 1.446.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. CENEFA BORDADA SOBRE TERCIOPELO Ó FELPA BROCHADA PARA MUEBLES Y SILLERÍAS.

Se ejecuta, siguiendo los contornos del dibujo de la tela, á cadeneta con hilo de oro, ó al contrario, llenando los centros del dibujo con seda doble de Argel, sujeta de trecho en trecho con un punto hecho con cordoncillo de seda, como lo muestra el modelo. Este puede servir tambien como tipo para una cenefa de aplicaciones. A fin de facilitar esta labor, que es de mucho efecto, indicaremos los colores de las sedas que se emplean en nuestro modelo, cuyo fondo es oliva. Las hojas son verde té ó verde oliva; la flor heliótropo de cuatro tonos, con estambres oliva; la florecita pequeña, tambien heliótropo, con estambres de bronce y cáliz oliva; los demas detalles, oliva y puntos largos de hilo de oro.

La seda se emplea sencilla, doble ó triple, segun convenga.

2. CENEFA BORDADA Á LA CRUZ.

Esta linda cenefa se borda á la cruz y puntos largos, pudiendo servir de adorno á diferentes objetos.

3 Y 4. BORLAS PARA LAMBREQUINES, TAPETES, ETC.

El núm. 3 da una borla



3. Borla para lambrequines, tapetes, etc.

poco más abajo, de modo que formen una presilla, por la que se pasa un madroño compuesto de hilo de oro y seda. Se toman luego los hilos largos de oro tres por tres, y se trenzan de nuevo sobre un largo de 1 á 2 cents., para formar otra presilla, por la que se pasa otro madroño, y así sucesivamente hasta concluir. Los madroños, de seda de los colores del bordado y oro, deben atarse en su mitad con hilo de oro formando unos hacecillos que quedan perfectamente sujetos con las presillas del trenzado.

La borla núm. 4 es más sencilla: la cabeza se cubre con un enrejado hecho á feston con algodón de color:

en la última vuelta, que constituye la base de la cabeza se anudan hebras dobles de algodón de color, dejando las unas sueltas, del largo que se quiera que tenga la borla, las otras se anudan dos veces en su mitad, y abajo, quedando de este modo más cortas.

5. CENEFA BORDADA Á PUNTO CRUZADO.

Esta cenefa, de fácil ejecucion, puede servir para cortada ó para cualquier otro objeto, bordándose en oro, seda, lana ó algodón, segun convenga.

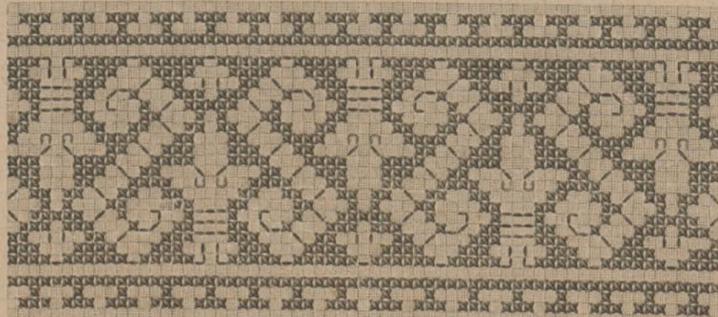
6 Y 16. CENEFA BORDADA Á LA CRUZ Y DEL RENACIMIENTO.

Se borda sobre tela casera blanca, gris ó cruda, cañamazo java ó cañamazo estameña, pudiendo emplearse para guarnecer un tapete, ó para cubierta de muebles. Se ejecuta el bordado con lana cachemir ó seda de Argel.

El núm 16 indica perfectamente el modo de hacer esta preciosa labor, completando estas indicaciones el núm. 6, que la presenta á medio hacer. Los contornos del dibujo se siguen á la cruz, cogiendo nada más que dos hilos; los centros se llenan de puntos largos con la hebra doble, cogiendo un hilo ó dos, segun el grueso de la tela; por último se pasan otras hebras al traves de



1. Cenefa bordada sobre terciopelo para silleras y muebles.



2. Cenefa bordada á la cruz.

las primeras, y se van sujetando á trechos con un punto de seda ú oro.

De la buena eleccion de los colores dependen toda la belleza de esta labor.

En nuestro modelo, las cenefas entrecruzadas son rosa



4. Borla para lambrequines, tapetes, etc.

claro, apuntadas con azul claro; la línea larga y recta, es castaño medio, apuntada con castaño claro y oscuro. Las figuras rectas en forma de I son oliva, los puntos largos encarnados, y los del centro á la cruz, también encarnados. La cenefa exterior se compone: primero de un punto á la cruz, encarnado, con la línea truncada de hilo de oro; luego otro motivo á la cruz, encarnado y negro; luego otra hilera encarnada, y un punto de gobelinos, formando una especie de feston, orillado de negro, y terminado con un adorno de puntos largos y respunte azul claro y oliva con anillos castaño medio, y puntos encarnados y de hilo de oro.

7. BERTA Y PEINADO PARA TEATRO.

Esta linda berta se hace de surah orillado de encaje, y cerrada con un lazo puesto en el costado. En el hombro izquierdo guirnalda de rosas muy abiertas, sin follaje; sobre el derecho un coquillé de encaje y cintas. El peinado se compone de cocas y rizos ondulados, dispuestos con suma gracia, y ramo de rosas con caída de hojas.

Collar de perlas finas.

8 Á 11. ABANICO: BORDADO MORISCO.

Materiales: Tela gris muy fina, seda de coser, y seda para bordar de diferentes colores, hilo de oro y lentejuelas doradas.

El número 8 muestra dos preciosos abanicos, el uno cerrado, y el otro abierto, adornados con un bordado morisco, siendo el centro de raso ó tafetan pintado. Será un lindo regalo para una novia. El óvalo de la guía número 9, puede llenarse con un espejito ó un medallón de capricho. La tela gris, que constituye el fondo de la labor, se borda del siguiente modo: todo el dibujo queda sostenido por un feston hecho con hilo de oro, que va formando los picots entrelazados, ó uniendo los diferentes detalles, cogiendo al mismo tiempo una doble hebra de seda pasada á punto de zurcido sobre los contornos. Se recorta la tela al borde del feston, y sellenan los centros de las hojas y de las flores con puntos bordados al pasado con seda de China azul claro, dos tonos, verde té y verde oliva. Cada una de las flores, de los troncos, de las hojas, van orillados con una hebra de seda del mismo color, pero de tono más oscuro que la que se emplea para el bordado. La roseta del número 10, de tamaño natural, es color moda, con nervios madera de muchos tonos; el tulipán es de dos tonos azul: los arabescos y la flor grande azul de muchos tonos. El óvalo y la cenefa del número 9, también de tamaño natural, son azules con puntos oscuros, alternando con lentejuelas doradas. El número 11 da uno de los picos que adornan el borde del abanico, cuyos picos se van repitiendo hasta terminar, haciéndose de colores iguales á los del bordado, pero de otro tono. Un fleco de seda termina por arriba el abanico, que, como hemos dicho, es de raso ó tafetan pintado, y una cordonería sirve para suspenderlo á la cintura.

12 Á 15. MEDIAS DE SEDA BORDADAS CON SEDA Y ORO.

Estas medias se llevan tanto para traje de sociedad como para traje de calle. Son de seda, bordadas al pasado con color que armonice ó que resalte, según el gusto de cada uno.

Los modelos 12 y 13 son: el segundo de seda rosa bordado al pasado con seda de China de tono más oscuro, y el primero de seda azul claro con puntos de oro. El modelo 14 es de seda blanca, y el 15 forma rayas estrechas entrecruzadas, azul marino y amarillo de oro.

Todos los modelos publicados en EL CORREO que sean á rayas estrechas, bordados á la cruz, pueden elegirse para adornos de estas medias.

17. CENEFA PARA MUEBLES.

Está sacada de un modelo antiguo, y constituye un rico adorno para sillerías, cubiertas de sofá ó tapetes, pudiéndose bordar sobre diferentes tejidos: seda, paño, raso, terciopelo ó felpa. El fondo de nuestro modelo es de color amarillento; los contornos se trazan con hilo de oro, sujetos con seda de coser de color que armonice. El bordado se ejecuta al pasado, y la cenefita lleva por dentro un punto de tallo hecho con seda de color.

La puntilla que la termina es de hilo de bolillos tra-

bajada con hilo de oro, y será fácil sacarla estudiando el picado con números que se halla á su conclusion.

20. TAPETE PARA VELADOR. BORDADO EN ORO ESTILO ORIENTAL TURCO Y PERSA.

La ejecución de este rico modelo difiere hasta cierto punto del bordado en oro comun. Así, además del grabado núm. 20, damos para mayor inteligencia los grabados núms 21 y 22, los cuales suministran los detalles necesarios para la ejecución del sembrado.

Nuestro modelo es de raso encarnado, forrado de una tela ligera ó shirting. El motivo que dan de tamaño natural los núms. 20 y 21 se llena antes con una especie de trencilla formada con 25 hebras de seda encarnada ó amarilla, sujetas de trecho en trecho con puntos de oro ó plata (véase núm. 21). Por encima se cruzan en zig-zag tres hebras de oro ó plata, de modo que no se vea el relleno. Estos tapetes pueden guarnecerse con un fleco, una puntilla de oro, ó sencillamente como nuestro modelo, con una borla en cada ángulo hecha con las sedas del bordado ó hilo de oro ó plata. Si el fondo fuese azul claro ó violeta, estará bien bordado de plata; el oro convendrá mejor al encarnado, granate ó verde. Para rellenar los motivos, debe elegirse la seda amarilla para oro, y la seda blanca para plata.

23 Y 24. SILLA BORDADA DE APLICACION.

La silla núm. 23, estilo antiguo, es propia para comedor, despacho ó biblioteca.

La montura es de encina negra, barnizada, con el respaldo y el asiento de cuero. La cubierta es de terciopelo gris verdoso, con aplicaciones oro viejo, sujetas con una trencilla de color que armonice, cosida con seda igual al fondo, de terciopelo. El núm. 24 da, de tamaño natural, el dibujo del bordado, repetido dos veces para el asiento, adornándolo con una franja anudada, seda oro viejo y gris verdoso, sujeta con clavos de bronce.

Los montantes del respaldo están cubiertos de terciopelo. Podría hacerse el mismo modelo encarnado ó granate y oro viejo, ó encarnado ó verde, bordado de oro ó plata, como el tapete de velador, núm. 20.

25. ENTREDOS DE ENCAJE DE BOLILLOS, TRABAJADO CON HILO DE ORO Y PLATA.

Requiere 20 bolillos, y puede servir para muebles y cortinajes.

El modelo, que termina con el dibujo picado, se empieza en el punto 1 con cuatro bolillos cargados de hilo de oro grueso; 2 con hilo de plata, y 14 con hilo de oro fino. Una línea negra indica el paso de los hilos gruesos, y el de los hilos de plata, que forman una especie de tejido mate en el centro de las figuras, va marcado con muchas líneas finas.

26. ENCAJE ITALIANO: PASAMANERÍA.

Es también de encaje de bolillos, y está copiado de un dibujo de la Edad Media. Se hace con hilo blanco ó crudo, y requiere 18 bolillos; trabajándose á punto tejido y punto trenzado. Sirve para guarnecer cortinajes, cubiertas ó tapetes.

27 Y 28. COPIA DE MAÑANA.

La rica puntilla de crochet que guarnece esta cofia, y que está representada de tamaño natural en el núm. 28, consta de nueve vueltas de crochet: tres inferiores y seis superiores, que llevan en el centro una trencilla, la cual va formando ondas por medio de algunos puntos á crochet tunecino (2 puntos en el aire y 1 d.), tomados en la décima brida. Lo demás de la labor es fácil de comprender.

La cofia consiste en un óvalo de muselina, de 18 centímetros de largo por 14 de ancho, montado á una pasa de tul fuerte, de 54 cents. de largo y 6 de ancho, en el centro. La puntilla, ligeramente fruncida, que guarnece el borde, tiene 120 cents. de largo, y lleva encima otra puntilla y dos superpuestas por atrás. Ancho lazo alsaciano de raso duquesa, desflecado de las dos puntas, sujeto con un broche de fantasía.

29. SOMBRERO PAGE.

El fondo es de terciopelo negro, dispuesto en círculo

por medio de algunos pliegues de 2 cents., y montado á una pasa estrecha. El borde, también de terciopelo, está forrado de raso de color, plegado á tablas, y sujeto todo alrededor del fondo con alfileres de fantasía. Puede hacerse de terciopelo de todos los colores oscuros: granate, azul marino, mirto ó ciruela.

30. LAZO PARA VESTIDO.

Está destinado á recoger las túnicas ó las draperías, y se compone de terciopelo, encaje y cinta de raso. Nuestro modelo, más que de tamaño natural, muestra perfectamente su combinacion.

31 Á 33. FICHÚ DE TUL BORDADO EN ORO.

El fondo es de tul de Bruselas, sembrado de flores bordadas en oro y con sedas de color, como indican los números 32 y 33. La flor, núm. 33, se ejecuta con seda de China azul claro ó rosa, con mota encarnada en el centro, hojas y un tronco verde oliva. Estas flores se disponen sobre el fondo á distancias regulares. El número 32 da otra flor, cuyos contornos se trazan con hilo de oro, y del mismo modo se van trazando los contornos de la puntilla y el entredos que guarnecen el fichú. Este tiene la forma de un triángulo muy prolongado, y anuda por delante con un broche de fantasía ó un ramito de flores.

34 Y 35. TRAJES DE PASEO.

34. *Vestido con dolman para señora.*—El dolman es de cachemir ó siciliana, adornado con pasamanería y fleco de seda y perlas, y cuello de plumas, tejido de mucha novedad. Sombrero-capota de felpa, con larga pluma, sujeta con broche de fantasía y bridas de raso.

35. *Vestido con paletot ajustado, para señorita.*—El paletot es de paño de damas á cuadros grises, y cruza por delante con una sola fila de botones. El doble cuello, terminado en punta, abraza también por delante y va orillado con un grueso cordón de lana.

El sombrero toque es de fieltro peludo, adornado en su parte superior con un lazo de raso.

Este traje es propio para paseo retirado ó colegio.

36. CENEFA. BORDADO ITALIANO SOBRE CAÑAMAZO MALLA.

El cañamazo malla es una especie de tejido de hilo ó algodón, representado perfectamente por nuestro grabado, y que se teje, gris, blanco con lana, algodón de color ó seda de Argel (dos cabos) en el bastidor ó á la mano. El bordado es á la cruz doble. Esta cenefa sirve para adornar cortinajes, portiers, sillerías y toda clase de muebles.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EFFECTOS DE LA EDUCACION

XII.

(Continuacion.)

En aquel momento apareció Sofía diciendo desde el dintel de la puerta:

—Señorita ¿me llamó usted?

—Sí, quédate al cuidado del señorito mientras yo vuelvo, pero sin olvidar lo que el médico tanto encargó. ¿Lo entiendes bien, Sofía.

—Bien lo entiendo, señorita. Cumpliré exactamente lo que usted me ordena, y lo que el doctor ha dispuesto.

Diciendo esto, acercó una butaca al lecho del herido y en ella se sentó.

Reinó un profundo silencio que sólo era interrumpido por la fatigosa respiración del paciente.

Doña Apolonia salió del aposento con la más reconcentrada soberbia, dirigiéndose al despacho de su marido con el propósito de recoger cuantas armas de fuego y blancas encontrase. Al entrar dijo con marcada ironía:

—Ya estoy en el teatro de las hazañas de mi cariñosísimo y moralizado marido; del cobarde que no se siente con suficientes fuerzas para cumplir como debe con los deberes de ser racional, los de marido y los de padre. La rabia me ahoga. Después de todo ¿por qué he de apurarme poco ni mucho? Si ha querido suicidarse; si se empeña en poner fin á su existencia; si en nada tiene él el borron que sobre su honra imprime; si en nada tiene á la sociedad que detesta y anatematiza el suicidio, es una irrecusable prueba de que no quiere vivir porque odia á su mujer, á sus hijos, á la sociedad, á todos sus parientes y amigos é infiere una grandísima ofensa al Gran Arquitecto del Universo que severamente castiga á los infractores de sus preceptos. De que lo que digo es la verdad, acaba de manifestarlo en lo que con la mayor desvergüenza de decirme acaba.

Si el resultado de la herida es la muerte como lo indican su estado y varios gestos del facultativo, sobrelevaremos su ausencia sin remordimientos de conciencia, y sin tener que sufrir sus insultos, majaderías, y malos tratamientos.

Sola estoy, nadie me oye y puedo decirlo. Soy inmensamente rica y... sigamos viviendo.

Nuestras discretas lectoras se dignarán dispensarnos el que antes de continuar, hagamos algunas, aunque breves, reflexiones que en estos momentos nos sugieren las desagradables y no interrumpidas peripecias que en la casa de Juana han tenido lugar hasta el presente momento histórico.

Estas peripecias son precisamente el natural, lógico y preciso resultado de dos únicas y exclusivas causas, como lo demostraremos con incontrovertibles razones ántes que nuevos sucesos llamen nuestra preferente atención á otra parte.

Por regla general, sucede que el hombre de esmerada educación y medianamente instruido, al unirse con indisolubles lazos á una mujer, que de ambas cosas carece, ya sea por el amor que ésta le haya inspirado, ya por conveniencia—que son las más,—ó bien por compromiso ú otra causa cualquiera, pronto se presenta una clase de monotonía en la vida conyugal, porque el esposo se halla imposibilitado de poder conversar con su inseparable compañera, porque ésta carece de buena educación y desconoce los conocimientos que la instrucción suministra; monotonía que, cuando ménos, se va acentuando paulatinamente hasta convertirse en indiferencia primero, en una especie de desprecio después, en aborrecimiento más tarde, y en desesperación por último.

Lo mismo decimos relativamente á la mujer; la ponemos en igual caso, porque igualmente le sucede, si bien suele ser más cruel: está dotada de una clase de perspicacia, que generalmente el hombre no tiene. Es más pronta en sus resoluciones y en la manera de ejecutarlas, según su criterio.

Sin embargo de lo que expuesto dejamos que, según nuestro humildísimo criterio es una verdad que controversia no admite, cualquiera de los cónyuges que reuna las dos cualidades, que tanto honran á quien las posee, es más tolerante; sufre más, y hasta suele sacrificarse en aras de la paz del hogar doméstico y del respeto que á la sociedad se debe, concluyendo con la muerte todos sus padecimientos.

Si los dos poseen ambas dotes y ambos las practican, indispensablemente resultarán la paz, la tranquilidad y el bienestar posible, cuyos efectos corresponden á las causas que los producen, que no son ni más ni ménos que la buena educación y su imprescindible aliada la instrucción, en el buen sentido consideradas, como sucede en el hogar doméstico de don Arturo, padre de la digna, simpática é ilustrada Rosa.

En el caso contrario, es decir, cuando ambos cónyuges carecen de las dos circunstancias tan precisas é indispensables para la vida conyugal, la de la familia y hasta la social, sucede lo que tiene lugar en la casa de D. Silvestre, padre de Juana como consecuencia de la causa ó causas que la producen, ó lo que es lo mismo, son los efectos de la educación que han recibido y la que

suministraron á sus hijos, así como de la carencia de instrucción que sumidos los tiene en la más completa oscuridad.

Circunstancia es esta de la cual no deben prescindir ni áun desentenderse cuantas personas deseen la sana moral, la inteligencia y felicidad posible de sus semejantes, y muy particularmente los padres de familia y cuantas estén al cuidado de los niños y la juventud de ambos sexos; en el bien entendido que donde no hay buena educación y de instrucción se carece, de la instrucción necesaria, no existe más que el caos, el vacío intelectual hablando; el más completo desconcierto en todo, la mayor anarquía y desmoralización en las familias, en los pueblos y en los Estados.

(Se continuará.)

ANTONIO MARÍA FLORES.

MEDINA AZZAHRA.

Así se titula la nueva producción con que ha enriquecido el poético repertorio español el insigne autor de *Flores del Guadalquivir*.

Cuanto pudiera decirse de tan inimitable poeta parecería pálido ante los justos elogios tributados á su elevado talento, por lumbreras del arte tan autorizadas como Tradesellet, Fastenrath, Lope de Martínez, Amador de los Ríos, y otros no ménos distinguidos: sólo su nombre bastaría á enaltecer la obra.

Medina Azzahrá es una leyenda digna por todos conceptos del aprecio del arte y buen gusto literario: así lo ha manifestado el jurado en Sevilla, concediéndole el primer premio en los juegos florales, celebrados el seis de Abril del año ochenta, regalo de S. M. la Reina Madre.

El señor Alcalde Valladares, no es el poeta que agotando el sentimiento de su fecunda inspiración nos presenta una obra admirable y nos ofrece otras donde su preclaro ingenio pierda su fuerza vital. Como brota el agua de las entrañas de la tierra, brota la inspiración de los sentimientos de su alma, por eso, el Sr. Alcalde Valladares no nos eleva á la región del entusiasmo artístico, para abandonarnos después al hastío producido por el cansancio de un esfuerzo superior.

Todas sus obras están á la misma altura, en todas hay la misma grandeza, la misma soltura y gallardía: parece que no alza su pluma del papel, y que bajo la misma arrebatadora inspiración que empieza termina. Su pluma dibuja unos tintes tan exactos, caracteriza tan bien, que están en competencia la verdad y la belleza.

Versificación fácil, sin declinar en la monotonía. Claridad, elegancia y precisión en las imágenes: descripciones como la siguiente, que sirve de introducción á la obra que nos ocupa:

El sol fulgente se perdió á lo lejos
irrisando su luz el horizonte,
y apagando sus últimos reflejos
tras de la cumbre del vecino monte.

La noche triste que sucede al día,
lleva febril recogimiento al alma,
y con su sombra pavorosa y fría
silencio infunde, soledad y calma.

El campo, como oscuro cementerio,
ni un suspiro repite, ni una queja,
y la luna, perdido su misterio,
su tibia luz entre las nubes deja.

Retrata las pasiones del alma con el siguiente acierto:

Los celos son delirios que enloquecen,
frenéticos impulsos que arrebatan,
ódios, rencores que en el alma crecen,
convulsiones histéricas que matan.

No necesita de la sonoridad y grandeza del estilo para dar más fuerza á su pensamiento; más parece que su pensamiento da grandeza al estilo, como lo indican los siguientes sencillísimos cantares:

Son ¡ay! las ilusiones
por nuestras penas
polvo que lleva el viento,
tristes arenas.

Astros que vagan
y apenas iluminan
cuando se apagan.

Son ¡ay! las esperanzas
al alma herida,
desdichados recuerdos
de nuestra vida.

Y los amores
pétalos ya marchitos
de nuestras flores.

No es ménos notable la vivacidad con que retrata el religioso entusiasmo de Argentea, cuando resistiendo á las exhortaciones de Abderraman para que vuelva á la religión que abjuró, reconciliándose con el libro que le entrega, responde así:

Entre el profeta y yo no queda nada:
se han roto para siempre nuestros lazos,
y el libro que me das, avergonzada
lo arrojo, como ves, hecho pedazos.

El señor Alcalde ha tenido el acierto de no incurrir en la falta de darnos una lectura empalagosa á fuerza de dulcificarla tanto; falta más difícil de salvar, cuanto parece ser el distintivo del estilo oriental.

El delirio de Abderraman es la última y más bellísima creación de la exuberante fantasía del Sr. Alcalde Valladares: es en efecto un trozo de poesía encantadora donde se retrata la verdad y se revela el sentimiento.

No queremos concluir sin trasladar el retrato que hace el autor de Azzahrá, porque hay tanta poesía en él, hay tanto realismo, digámoslo así, tanta abundancia de imágenes en una versificación sonora, fresca, arrebatadora, que los lectores podrán sólo apreciarla leyéndola. Héla aquí:

Linda la niña, pura y hermosa,
era su cara la luz del día,
pálida y blanca como la rosa
que entre la nieve sus hojas cria.

Negros sus ojos como la noche,
hieren el alma con sus destellos,
como el brillante que va de broche
sobre las ondas de sus cabellos.

Boca de perlas, labios de grana,
frente tan pura como el rocío,
tez como el astro de la mañana
que arroja estrellas sobre el vacío.

Seno turgente que fanatiza,
mientras el alma roba y consume,
que los sentidos aromatiza
con los encantos de su perfume.

Frescas mejillas como el capullo,
cual la azucena purificadas,
canto divino como el arrullo
de las palomas enamoradas.

Exuberante su blanco pecho
casi rebosa de su clausura,
mas se disipa sobre el estrecho
aro invisible de su cintura,

Piés que se pierden en la sandalia,
cárcel de perlas, oro y topacios,
talle que ondula, como la dalia,
en los jardines de sus palacios.

Rojo bonete de argentería
ciñe su frente, con alamares,
túnica de oro con pedrería
bajo las perlas de sus collares.

Esa es la bella, mágica esclava
flor, la más linda de aquellas flores,
la que el califa siempre adoraba
como la esencia de sus amores.

¿Hay nada más poético ni caprichoso?

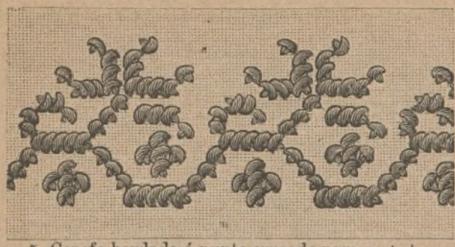
Los amantes del divino arte de Apolo encontrarán en esta leyenda un faro de los que guían al sendero trazado por los grandes poetas españoles, á los que poco tiene que envidiar el génio de Alcalde Valladares.

CLEMENCIA LARRA.

DOMINE, ¿QUÓ VADIS?..

Reinaba en Roma el feroz Neron, ó aquel tirano á quien sus súbditos apellidaban el emperador de la barba de cobre, y de corazón de plomo.

Las persecuciones contra los cristianos estaban en todo su apogeo; y la sangre de los mártires enrojecía las arenas de los circos del imperio. El nombre de imitador de Jesucristo llevaba consigo una terrible acusación, y con ésta una bárbara sentencia de muerte.



5. Cenefa bordada á punto cruzado para corbata.

Los cristianos que existian en Roma figuraban en crecido número. San Pedro, anciano ya, era el primer obispo de la ciudad eterna.

Los que seguian las adorables doctrinas del Redentor del mundo, atemori-

zados con los sangrientos espectáculos del anfiteatro, en donde sus hermanos perecian á centenares, y con los suplicios del Monte Esquilino, en cuyas carcomidas cruces perecian tambien los cristianos, se habian amparado de los intrincados subterráneos de las Catacumbas. Y aun allí no se creian seguros, pues en más de una ocasion, el cruel hijo de Agripina, habia descendido á aquellos tenebrosos lugares en busca de victimas.

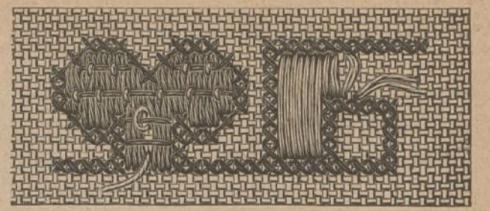
El venerable San Pedro, era el hombre á quien con más tenacidad perseguia el terrible emperador: lo perseguia porque era la cabeza visible de la Iglesia, el jefe de la nueva religion,



7. Berta y peinado para teatro.

pequeño zurrón, y dentro de éste algunos mendrugos de pan, y en su manto y en sus sandalias, se echaba de ver la pobreza tan recomendada por el Divino Maestro.

Lo único que inspiraba un profundi-



6. Detalle del bordado Renacimiento para la cenefa núm. 16.

simo respeto, era su frente venerable, su corona de blancas canas, y un sello divino, sobrenatural, que brillaba en su rostro demacrado por los años y por las privaciones.

Apénas habia puesto el pié en la vía *pavimentada* que hemos citado, via entonces desierta, vió cruzar con rapidez á un hombre por su lado.

Alzó maquinalmente la cabeza, y con gran asombro reconoció que aquel hombre era Jesucristo.

—*Dómine, (1) le dijo: ¿quó vadiis?*...

—Voy, le respondió el Salvador sin detenerse, á la ciudad de Roma, á fin de ser nue-

cuyo sólo nombre hacia vacilar en las ornacinas de már-mol y jaspe, á los caducos ídolos del paganismo.

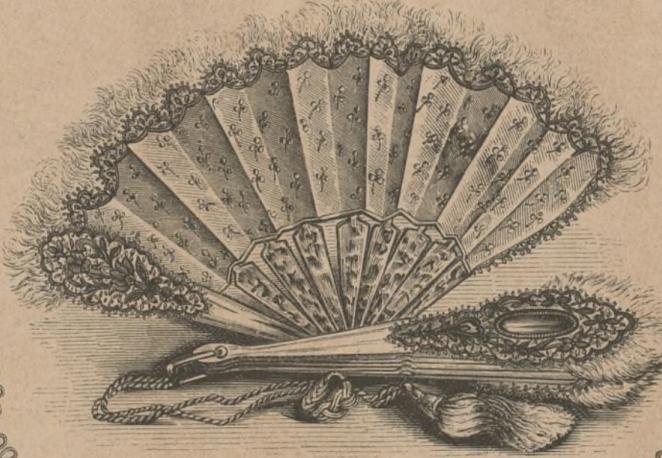
El numeroso gremio de los cristianos rogó á San Pedro que abandonase á Roma.

—Sal de aquí, señor, le digeron: ¡Evita la muerte horrorosa que te amenaza!... ¿Qué será de las pobres ovejas si llega á faltarles el pastor?... Huye, huye de Roma, que dias vendrán mejores, y entonces podrás presentarte de nuevo para extender la Divina luz del Evangelio.

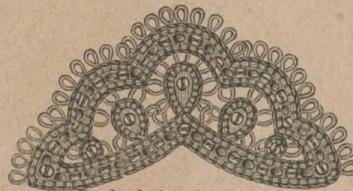
Instado tiernamente el Apostol, un dia y otro dia, decidió seguir el consejo de sus amados discípulos, y una mañana, cuando todavía el sol no doraba las siete colinas de la ciudad de los césares, salió por la vía Tiburtina. Su agobiado cuerpo y



9. Guia para los abanicos núm. 8.



8. Abanicos. Bordado morisco.



11. Borde de los abanicos núm. 8.



10. Guia para los abanicos núm. 8.

vamente crucificado. Dicho esto, desapareció. Comprendió perfectamente San Pedro lo que aquello queria decir, y sin vacilar un punto, volvió sobre sus pasos y regresó á la ciudad.

Aquel mismo dia cayó en poder de los soldados pretorianos, y poco despues perecia á manos de los verdugos del monte Esquilino.

En memoria del prodigioso suceso, y en el mismo sitio en donde se apareció Jesus al Apóstol, se elevó un templo, que aún existe, con la advocacion de *Dómine, quó vadiis?*...

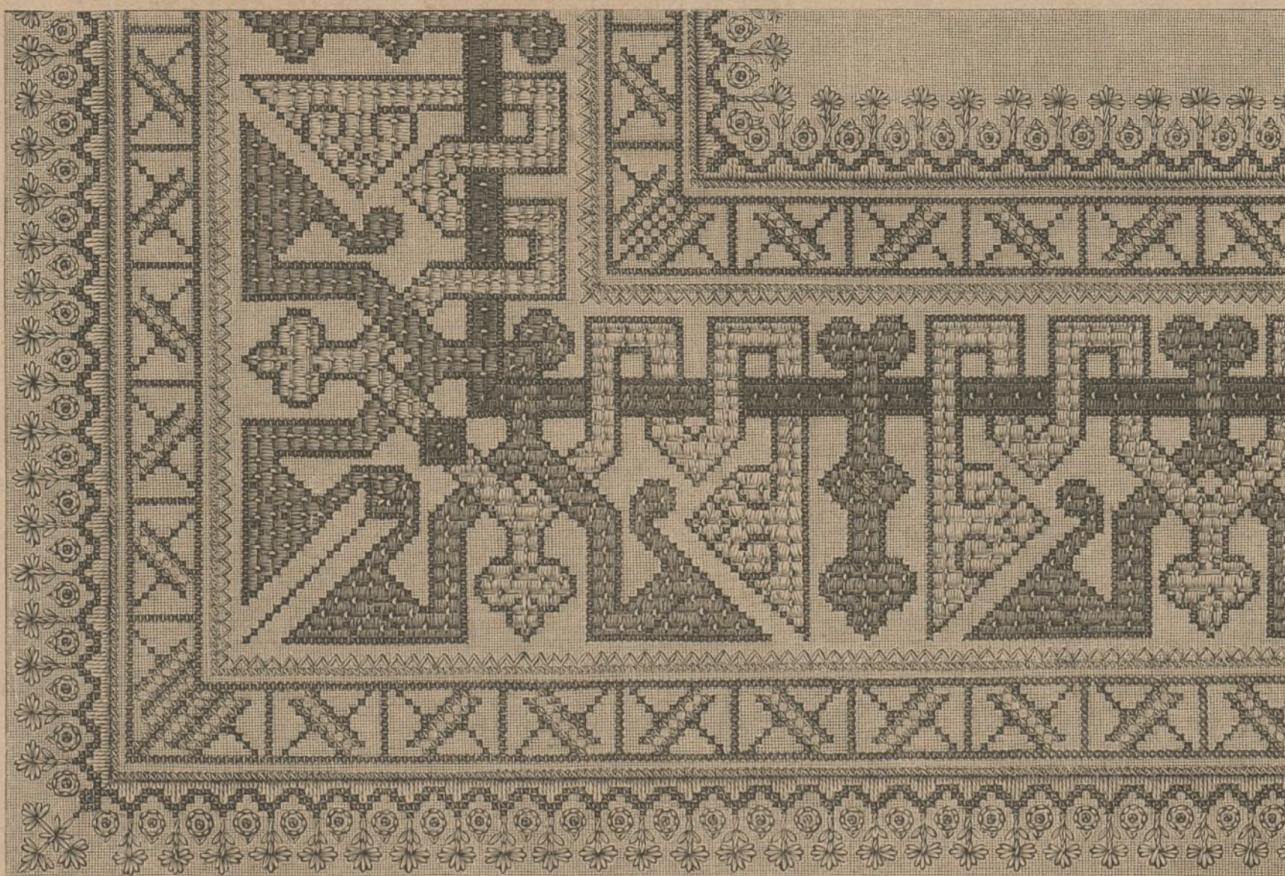
ANTONIO DE SAN MARTIN.

(1) Señor, ¿adónde vais?...



12 y 13. Medias de seda bordadas de color

sus trémulas manos, se apoyaban en un medio báculo; llevaba á la espalda un



16. Cenefa. Bordado del Renacimiento. (Véase núm. 6.)



14 y 15. Medias de seda bordadas de oro.

VIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU, por VICENTE GUENCA (Continuacion.) —; Cómo, Julia!



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº632

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Calle de la Montera, número 11, Madrid.

447

Ayuntamiento de Madrid

...a núm. 16.
de blan-
brillaba
as priva-
...tada que
con ra-
...con gran
e era Je-
...sin dete-
ser nue-

vamente
ificicado.
ho esto,
pareció.
prendió
tamente
ro lo que
ueria de-
racilar un
vió sobre
regresó á

...a cayó en
ados pre-
spues pe-
os verdu-
lino.

gioso su-
o en don-
póstol, se
in existe,
ocacion de
ovádís?...
ONIO DE
MARTIN.

, i adónde

...lias de seda
de oro.

TURADOS
DE ESPÍRITU,
r
CUENCA
acion.)
no, Julia!

dijo
por
nada
de e
En
que
pa
trist
—S
cho
che,
dió
y si
mit
Enr
plic
jase

rum
te l
pod
mot
sen
obli
rars
I
rigi
la d
—
mia
Y
el d

que
llan
Jul
ten
—
las
con
—
pus
hác
exp
que
pre

dijo acercándose á su sobrina, ¿es posible que nada te saque de esa apatía? En verdad que haces un papel muy triste.

—Sufro mucho esta noche, respondió la jóven, y si me lo permitiérais vos y Enrique, os suplicaría me dejárais retirarme.

—No, interrumpió vivamente la buena tia; podría saberse el motivo de tu ausencia, y creerse obligada á retirarse la sociedad.

Después se dirigió á Laura y la dijo:

—Vos sois la reina del baile, querida mia.

Y con la mayor afectuosidad arregló el chal que cubria á medias sus espaldas, tan terribles y brillantes como un mármol.

En seguida, habiendo hecho una seña al baron de San Juan, tomó su brazo y continuó su paseo, recogiendo á

guisa de reina los elogios

que cada cual le otorgaba por tan brillante funcion.

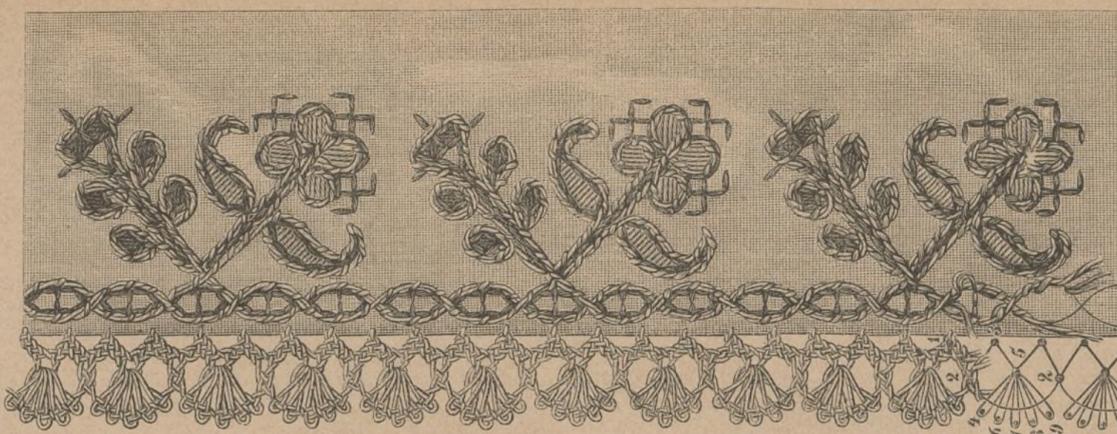
—¡Qué cruel es esta mujer! exclamó Julia sin poderse contener.

—¡Por qué no bailas, dijo Laura, dando con esto gusto á tu tia?

—¡Tú tambien, repuso Julia volviéndose hácia su compañera con expresion de dolorosa queja, tú tambien me preguntas por qué no



18. Espalda del vestido núm. 3 de El Correo anterior.



17. Cenefa para muebles



20. Tapete para velador. Bordado oriental. (Véanse números 21 y 22.)

23. Silla bordada de aplicacion. (Véase el núm. 24.)

geras tu mal y la causa que lo produce.

— ¡Ojalá fuese cierto! dijo tristemente Julia; pero la verdad cambia en una horrorosa realidad lo que tú llamas locura. ¡Ay! ¡Se acuerda mi marido de que yo existo esta noche? Con todas las mujeres se sonrie, sin pensar que la suya está aquí, aguardando sus miradas para vivir.

— ¡Te ve siempre tan triste! replicó Laura como fastidiada.

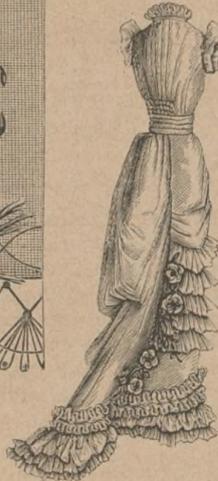
— ¡Ah, Laura! respondió Julia con voz desgarradora; es que cuando una ama mucho no se rie.

Un bailarín de lo más apuesto vino á buscar á Laura, y aquella sentida frase de Julia cayó sobre el corazón de la coqueta como la gota de agua sobre el mármol, sin penetrarle.

Mientras tanto Luisa se habia alejado con San Juan.

—Creo, querido baron, le dijo, que el más orgulloso de mis abuelos,

si volviera á este mundo, no se desdenaría de asistir á la aristocrática reunion que se encuentra aquí esta noche. Hace poco que me aseguraban que las tres cuartas partes de los coches que llenan la calle tienen



19. Espalda del vestido n.º 6 de El Correo anterior.



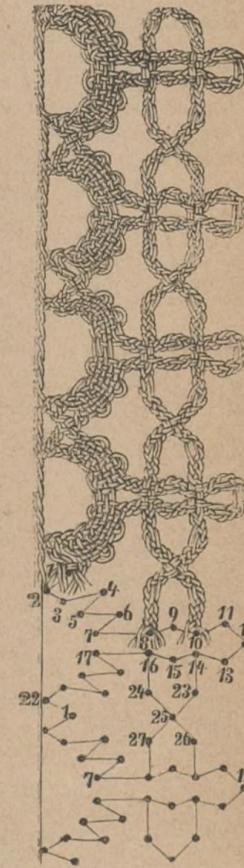
22. Detalle para el tapete núm. 20.



21. Detalle para el tapete núm. 20.



24. Bordado de aplicacion para la silla núm. 23.



26. Puntilla italiana. Modelo de la Edad Media.

en sus portezuelas los más ilustres blasones.

— Y de seguro,



25. Entredos de encaje de bolillos.

bailo? ¿caso ignoras que me estoy muriendo?

— ¡Estás loca! tú exa-

para no desdecir de ellos, veo figurar aquí vuestras armas en todas partes; y San Juan señalaba con el dedo las ventanas, las puertas y los espejos, sobre los cuales se destacaba el brillante escudo de los San Vicente.

—Eso es una cosa que muchos que no la tienen la compran, dijo Luisa; con mayor motivo tiene derecho á usarla el que la posee.

—Ciertamente, sobre todo cuando se puede aumentar su lustre con un poco de metal inglés, replicó el baron, aludiendo con malicia al difunto banquero.

—Callaos, querido, repuso la viuda un si es no es amostazada, y que no se dejaba atacar impunemente: teneis ideas que trascienden á plebeyo á la legua. No os hagais el demócrata, porque ya no es de moda.

—Esta noche teneis un talento admirable, dijo San Juan, en quien el nombre de plebeyo producía el efecto de la cabeza de Medusa, y que una vez lanzada una injuria, tenía la cobardía de no atenerse á las consecuencias.

—Vamos, basta de sarcasmos, dijo imperiosamente Luisa; tengo que hablaros de cosas muy graves.

—Ya os escucho, dijo el baron.

—Oid, repuso la señora de Leed con el mayor misterio; me han asegurado que la mujer del ministro de Estado está muy apasionada de Guzman.

—Tanto mejor, interrumpió San Juan: *así seremos pronto embajador.*

—Sois un necio... no seremos más que secretario particular del ministro, á lo sumo. ¿Creeis que esa mujer envíe á su amante á la otra parte del mundo? Cuando á cualquiera le nombran embajador es que se le quiere reemplazar sin que tenga el derecho de enfadarse. Y dicen que esa mujer es tan constante, que es capaz de desesperar á un ambicioso.

—¿Se les puede acusar de lo contrario á tantas otras! dijo San Juan sonriéndose.

—No nos podía suceder cosa peor, dijo Luisa; así, es menester impedir á Enrique que se enamore de esa mujer; es absolutamente preciso, añadió con firmeza.

—¿Y de qué modo, cuando se tienen unos ojos como los suyos? exclamó el baron suspirando.

—¡Vaya, como si fueran los únicos de este mundo! interrumpió la viuda.

—Pienso lo mismo que vos cuando os miro, dijo galantemente el viejo baron.

—Pensad en otra cosa, repuso Luisa con la mayor impaciencia, y procurad sacarnos de esta dificultad. Mi sobrino, á pesar de sus buenas ideas, conserva siempre esa tendencia romántica que no perderá jamás completamente. Seriale menester para eso una pasión, y lejos de la esfera política en que vive hoy, una pasión que no le expusiese, por el mero hecho de una infidelidad, de un capricho, á perder el fruto de nuestro trabajo, y que fuese, por el contrario, una coraza entre su corazón y el de todas esas hermosas del cuerpo diplomático, con las que peligraba bastante. Ahora bien, yo quiero libertar á mi sobrino, y para eso...

—Deseais darle una *escogida de vuestra eleccion*, interrumpió San Juan.

—La frase es bien grosera, replicó Luisa levantando la cabeza, y los hombres entienden muy poco de la delicadeza del corazón.

—¡Hipócrita! pensó para sí el baron. Pues explicaos, señora, añadió en voz alta.

—Desearia para Enrique uno de esos amores castos que elevan el corazón sin fatigar el pensamiento; un amor que haga dos partes muy distintas entre el alma y la materia; un amor de poeta, en fin.

—¿Acaso Platon hacía versos? preguntó con una seriedad que hacía dudar del valor de su pregunta el baron.

—Si no los hacía hubiera podido hacerlos, contestó la viuda del banquero, que devoraba su cólera, y que no quería dar á San Juan la satisfacción de ver que estaba picada.

—Al fin comprendo lo que necesitais, replicó el malicioso viejo. Una mujer á quien no pueda comprometer...

—Por eso temo tanto á las mujeres casadas, dijo Luisa pensativa. ¡Hoy día son tan independientes!

Después de haber articulado esta frase, aguardó la viuda del banquero que el baron dijese un nombre, que por un resto de pudor no se atrevía á pronunciar; pero el astuto viejo había, como buen confidente, adivinado

la confusión de Luisa, y quería que saliese de ella como mejor pudiese.

—Tengo lo que necesitais, exclamó de pronto.

—¿Y quién es? preguntó tratando de dominar su emoción de alegría.

—¡Toma! su mujer.

La señora de Leed se puso encarnada de cólera, porque era evidente que San Juan se divertía en mortificarla.

—¡Una idiota! dijo apretando con furor los dientes y procurando disimular cuanto pudo.

Como ya sabemos, lo que más temía la viuda del banquero era el afecto de Enrique á su mujer; de su desunión dependía todo su poder.

—Vamos, veo que no puedo contar con vos, repuso Luisa afectando indiferencia. Hoy puede más el talento del plebeyo que el del baron de San Juan.

—¡Silencio! Ya estoy, interrumpió apretando el brazo de su compañera. En verdad no sé cómo no me ha ocurrido ántes la idea.

—¡Ah! exclamó Luisa, segura de haber conseguido lo que quería.

—¿Laura? repuso el baron.

—¿Esa jóven? dijo Luisa como si este nombre la sorprendiera mucho.

—Me parece que reúne las cualidades necesarias.

—¿Pero hablais de la amiga de Julia?

—Justamente. Mirad, enumerémoslas; pasión protegida por el techo conyugal, y abrigada bajo las alas de la esposa, que no sospechará nada en vista de las costumbres antiguas; pasión que será pura, gracias al estado de célibe en que se encuentra la mujer amada; pasión fluctuando entre dos vientos, que vos manejaréis con vuestra acostumbrada habilidad, y que la hareis virar á babor ó á estribor, segun os acomode.

—Eso es quizás lo que mejor puede suceder para el reposo de mi querida sobrina, dijo Luisa con un suspiro, y tratando de disimular la satisfacción que sentía con una apariencia de solícito amor por Julia.—Ya que su marido no puede amarla, prosiguió, de este modo al ménos le detendremos á su lado, y evitaremos escándalos que acabarian por revelar á la pobre hija de mi hermano lo que debemos á todo trance ocultarla.

—¿Sois un ángel de bondad! dijo San Juan con un tono irónico.

—A propósito, contamos sin la huésped, replicó la viuda, sin engañarse acerca del seráfico elogio del baron.

—Si he de creer en presentimientos, respondió el baron de San Juan, sospecho que una de las dos partes ha de hallarse ménos dispuesta á servirnos. Si vos me lo ordenais, yo podré sondear hábilmente...

—Después, después, interrumpió bruscamente Luisa. Y en seguida, sin comprometerse con un sí afirmativo, se apartó del bueno de San Juan, como un cazador que deja á su perro seguir la pista de la liebre.

X.

Mientras que concluía este pacto ignominioso entre los sonidos de la música y á la claridad de tantas bujías, para probar, sin duda, que doquiera que se reúnen hombres se cometen crímenes, allí donde la imaginación no debía reflejar más que risueñas imágenes, otra escena que por un decreto fatal era análoga á la que acabamos de referir, se verificaba en el otro extremo del salón.

Enrique de Guzman, cuya aureola de gloria acababa de adquirir más brillo con sus nuevos triunfos, se veía aquella noche más adulado que nunca.

Su discurso en la Cámara, la posición á que había llegado por su casamiento, todo concurría para hacerle mirar como un hombre de porvenir con el que convenia reconciliarse.

De pié en medio de un grupo de hombres, Enrique discutía gravemente acerca de la cuestión política, y olvidando su espíritu del prestigio de la fiesta en que se hallaba, no dedicaba ningun pensamiento fuera del círculo formal en que había entrado.

Con la espalda apoyada en una cómoda antigua, cargada de magníficos candelabros, alumbrada su hermosa cabeza por detrás, de un modo que la mitad de ella estaba á media luz, ofrecía la imagen perfecta del genio que deja un rastro luminoso en pos de sí, y que se adelanta hácia la oscuridad para combatirla.

Por un movimiento maquinal, y muy comun cuando se habla, Enrique de Guzman se había apoderado de primer objeto que había encontrado á mano.

Un librito de memorias, olvidado por alguna señora había quedado por casualidad sobre la consola; Enrique, sin saber lo que tenía, le daba vueltas entre sus dedos con tanta distracción, que en medio de una frase en que su acción era muy animada, cayó á tierra el librito.

El ruido que hizo al chocar contra el suelo interrumpió el curso de las ideas de Enrique; bajóse á recogerlo, y para ver si se había roto quitó el lápiz y lo abrió.

De repente su corazón palpó con violencia, su sangre refluyó hácia la cabeza, su manó tembló, y una nube empañó sus ojos.

Enrique había reconocido en algunas líneas escritas con lápiz la letra de sus cartas misteriosas; sí, no había que dudar, eran los mismos caracteres que todos los días le presentaban aquellas palabras de amor tan apasionadas.

La turbación que le produjo este descubrimiento, puso á Enrique en la imposibilidad de continuar la discusión que un momento ántes parecía ocuparle únicamente.

Separóse de sus numerosos oyentes y comenzó á recorrer los salones sin saber lo que se hacía.

—¡Está aquí! pensaba; sin sospecharlo me habrá tocado la falda de su vestido, acaso un bucle de sus cabellos... ¡está aquí!... ¡y mi frío corazón no me lo decía! ¡Ah!... ¡cuán cambiado estoy!

Enrique se detenía delante de las mujeres más hermosas, porque era siempre poeta, y para él el amor no podía estar separado de la hermosura; mirábalas con avidez, trataba de leer en sus ojos, esperando que una mirada, un gesto viniese á revelar el nombre de la que en aquel momento, sobre todo, deseaba tan ardientemente conocer; pero todas aquellas mujeres tenían la misma sonrisa llena de coquetería, el mismo deseo de agradar; nada revelaba en ellas un sentimiento profundo impreso en su frente.

Y sin embargo, Enrique repetía á cada momento:— Esa mujer está aquí.

Después de haber dado diez veces la vuelta á la sala sin advertir que su extraña distracción podía ser notada, Enrique, irritado, con la cabeza ardiendo de impaciencia, vino casi desesperado á sentarse al lado de su mujer.

Una expresión de inefable felicidad apareció en el semblante de la pobre niña.

¡Se contenta con tan poco un amor verdadero! ¡Ah! ¿por qué no se atrevió á decir una palabra sola que revelase el estado de su alma! Julia, como siempre, permaneció silenciosa, saboreando interiormente los goces que le proporcionaba este ligero favor de su marido.

—¿No habeis bailado, Julia? preguntó Enrique á la jóven.

Esta pregunta fútil, hecha con el tono más frío é indiferente en el momento en que el corazón de la pobre Julia se dilataba con la presencia de su marido, le causó el más vivo dolor, y no encontró ni una palabra que responder.

—¡Siempre la misma! murmuró Enrique, encogiéndose de hombros con mal humor.

Julia volvió la cabeza para sustraer á las miradas de Guzman sus ojos llenos de lágrimas.

En aquel momento, Laura, bella y animada por la agitación del baile, volvió á sentarse junto á su amiga.

Enrique se levantó para devolverla su sitio.

—Parece que tienes mucho calor, dijo Julia afectuosamente á Laura.

—He bailado un vals larguísimo, respondió ésta. Julia, prosiguió alargando la mano, ten la bondad de prestarme por un momento tu abanico, porque el mío, con el libro de memorias, no sé donde los he dejado.

Al oír estas palabras tan sencillas, Enrique, que estaba de pié delante de las dos jóvenas, se estremeció, levantó de repente su cabeza como movida por un resorte, miró á Laura, y por un impulso voluntario, tentó el librito que había guardado en un bolsillo de su frac, como para asegurarse de que lo tenía en su poder.

—¡Es ella! dijo para sí Guzman; ¡es ella!

Después, recordando la frivolidad de Laura:—Es imposible, añadió. Sin embargo, sus ojos recorrían los atractivos de la hermana de su amigo Henestrosa con más atención que de costumbre.

—Y ahora cómo sabré con quién me toca bailar? exclamó Laura;—tenía apuntado todas las polkas que había prometido. Si me atreviese, rogaría á tu marido...

Un sacudimiento terrible la impidió continuar; era Julia, que temiendo el descubrimiento que podría producir el que su marido hallase el librito, había, en su espanto, tirado con tal fuerza del vestido á la jóven, que casi lo desgarró.

Laura comprendió la imprudencia de sus palabras, y tartamudeó el fin de la frase poniéndose encendida.

Todo esto, cuya causa creyó adivinar Enrique, porque no había visto el movimiento de su mujer, fué una nueva revelacion para él.

Y sin embargo, á pesar de las pruebas que se acumulaban para demostrarle el amor de Laura, Enrique dudaba aún.

El corazon tiene con frecuencia presentimientos que no se atreve á escuchar, porque están en contradiccion con la razon ó la evidencia, y sin embargo, pueden más que una y otra.

Enrique de Guzman, con el alma conmovida é incierta, luchaba en esta alternativa, cuando un brazo que se introducía por debajo del suyo, le arrancó de aquella muda contemplacion.

Era el baron de San Juan que acababa de separarse de la viuda del banquero.

—Siempre está uno seguro de encontrarle al lado de su mujer, exclamó el baron con la risa burlona en que era tan maestro.

Julia dirigió una mirada dolorosa á San Juan.

—Señora, presiguió el baron, los solterones hemos nacido para enseñar á vivir á los señores casados que tienen la ocurrencia de enamorarse de sus mujeres.

Y, diciendo estas palabras, empujaba el baron al poeta, que se dejaba llevar sin saber lo que ocurría en torno suyo.

Sin embargo, despues de dar algunos pasos, se detuvo Enrique.

—¿Adónde vamos? preguntó al baron.

—Adónde no podais comprometeros, respondió San Juan en tono de misteriosa solicitud.

Sea que comprendiese muy bien, ó que no comprendiese nada la maliciosa alusion del viejo, Enrique le escuchó sin decir palabra.

—Convengo en que ella es digna de nuestro amor, prosiguió el baron; pero es menester salvar las apariencias á los ojos de nuestra mujer. Si el baron hubiera dirigido á Enrique alguna pregunta acerca de su pasion á Laura, habria contestado lo que era verdad, que no existia; pero de improviso, y en las circunstancias en

que se encontraba Enrique no acertó á negarlo, y aceptó con su silencio la astuta afirmacion de San Juan.

—Querido amigo mio, continuó el baron, que queria, lisongeando el amor propio de Guzman, obligarle á comprometerse por medio de alguna confidencia; en otro tiempo hubierais tenido muchos rivales.

—Cierto es que Laura de Henestrosa es muy hermosa, exclamó Enrique.

—Vos sois el que la ha nombrado, replicó el baron con maliciosa sonrisa: los amantes se descubren al momento. ¿Y desde cuándo hemos dado el corazon? continuó el baron, que como decia con frecuencia la viuda del banquero, mezclaba siempre el lenguaje vulgar de sus antepasados con el tono aristocrático de los de San Juan.

¿Quién es capaz de comprender las debilidades del corazon humano?

Enrique de Guzman se avergonzó de hallarse tan poco adelantado en una intriga de que se le hablaba como cosa casi notoria, y esta pregunta que parecia poner en juego su vanidad le obligó á mentir.

—Desde el primer dia en que la ví, respondió á San Juan con la ligereza que da una resolucion desesperada.

—Reconozco al poeta en esa bella contestacion, dijo San Juan muy contento del resultado de su astucia.

Un hombre honrado, aunque esté dotado de la más alta inteligencia, se deja casi siempre seducir, cuando le falta tiempo para reflexionar, por un hombre tan sagaz y artero como el bueno del baron.

Enrique habia caido completamente en el lazo que acababa de tendersele.

Una vez comprometido en tan peligrosa empresa, quiso que al ménos le resultase alguna ventaja.

Sin hablar de las cartas trató de averiguar si el viejo San Juan estaba iniciado en el secreto del amor de Laura.

Pero el baron con su característica astucia comprendió al punto este juego, dejó adivinar todo lo que no sabia, ponderando uno á uno los encantos de Laura y elogiando aquel talento modesto que sólo se revelaba por medio de las miradas, y que prometen sublimes y desconocidos goces al hombre bastante feliz que consiguiese desarrollarlo.

En fin, fué tan hábil, en una palabra, tan astuto, tan digno del demonio que le impulsaba, que Enrique, maravillado, sorprendido, orgulloso de tanta dicha, vió lo que jamás habia visto, experimentó lo que jamás habia sentido: queria volar al lado de Laura, contemplar aquellos atractivos, desconocidos para él hasta entónces; queria que palpitase bajo sus miradas aquel corazon que no habia comprendido aún, y que la jóven leyese en sus ojos suplicantes el perdon que solicitaba.

Enrique de Guzman hubiera dado cuanto poseia por poder escaparse en aquel momento de las garras del baron.

Pero éste, que sin duda alguna habia adivinado su deseo, se complacía en detener y prolongar malignamente la conversacion.

Distraidos en su plática, se habian alejado el baron y Enrique de la sala de baile, y andando sin direccion, habian acabado por llegar á un pequeño gabinete elegantemente amueblado, que servia de retiro á Luisa de Leed, y donde recibia las personas de su confianza. La multitud lo habia invadido, y se hallaba entónces desierto.

Algunas bujías que ardian misteriosamente en lámparas de alabastro alumbraban aquel delicioso recinto; magníficas alfombras cubrian el pavimento, y delante de las ventanas y las puertas caian inmensas cortinas de terciopelo, bordadas con las armas de San Vicente.

La escasa claridad que reinaba en aquel sitio, y quizás más aún las ideas que ocupaban á Enrique y á su compañero, no le permitieron advertir la extraña ondulacion que agitaba una de las cortinas en el momento en que entraron en el gabinete.

Despues de haber dado dos vueltas en silencio, Guzman, viendo que San Juan se habia propuesto no dejarle, se tendió sobre un divan como fastidiado.

El baron se le colocó delante, contemplando por debajo de sus anteojos á su víctima.

—A propósito, exclamó de repente como si le asaltase un recuerdo; hablemos ahora de Julia de San Vicente, vuestra mujer.

Estas palabras hicieron estremecer á Enrique.

—¿Y para qué hemos de hablar de ella? dijo.

—Su vida es una cosa singular, continuó el baron sin detenerse por la pregunta del poeta; en cuanto á la pobre mujer, la comparo á esos andamios que se ponen para edificar un palacio, y cuando está concluido se quitan y no queda más que el palacio.

—No os comprendo, replicó Enrique.

—¿De véras? dijo el baron con tono maligno.

—¿Qué quereis decir? preguntó Guzman animándosele el semblante y la voz.

La cólera de Enrique decia bastante que habia dado fuego la chanza del baron.

(Se continuará.)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY, destruye radicalmente todo vello inoportuno de la cara, sin peligro ninguno para la piel. Éxito garantizado. — **DUSSEY**, 1, rue J. J. Rousseau, Paris.

PARIS **VERANO DE 1881** PARIS
 AVISO A LAS SEÑORAS ESPAÑOLAS
 Los grandes Almacenes del Printemps
 en PARIS

tienen la honra de anunciar á su numerosa clientela que acaba de publicarse el Catálogo general Ilustrado que comprende la nomenclatura de las novedades de verano, sedera, de capricho, lana, etc., etc., así como los últimos modelos de las creaciones más lindas en trajes, confecciones y vestidos para Señoras y niños. Este precioso Album de la Moda, contiene datos sobre el sistema de expediciones á España, franco de porte y de derechos de Aduana, sistema inaugurado con tanto éxito por los Grandes Almacenes del Printemps. Las personas que deseen recibir dicho Catálogo gratis y franco de porte, se serviran pedirlo por carta franqueada á M. Jules JALUZOT.

GRANDES ALMACENES del PRINTEMPS
 en PARIS

NOTA. El Catálogo á que se refiere este Anuncio se ha impreso en Castellano, Francés, Aleman, Holandés, Italiano, Sueco y Danés.

Exposition Universelle 1878 Médaille d'Or. Croix de Chevalier
 LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

GOTAS CONCENTRADAS
E. COUDRAY

PERFUMES NUEVOS PARA EL PAÑUELO. — Estos Perfumes reducidos á un pequeño volumen son mucho más suaves en el pañuelo que todos los otros conocidos hasta ahora.

ARTICULOS RECOMENDADOS:
PERFUMERIA A LA LACTEINA Recomendada por las Celebridades medicas
AGUA DIVINA llamada agua de salud.
OLEOCOME para la hermosura de los Cabellos.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA: PARIS, 13, rue d'Enghien, 13, PARIS
 Depósitos en casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de España y ambas Américas.

LUIS RUBIO, grabador.
 Sellos, timbres y chapas de todas clases, ni mejor ni más barato.
 Madrid, 7, Fuentes, 7.

HERPES
 Se curan radicalmente con las piloras de Larra. Caja, 16 rs. Botica de Guijarro, plaza del Angel, 3.

PILIVORE destruye el vello inoportuno de los brazos. **DUSSEY**, 1, r. J. J. Rousseau, Paris.

COMPANIA COLONIAL
 Diez y ocho medallas de premio
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
 CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES
 Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montaña, 8.—Madrid.

<p>GABINETES DE BROCATEL Oriental, 1.400 rs.</p>	<p>A VALLEJO fabricante DE MUEBLES. Sillerías y colgaduras. — Exportacion á todas las provincias. — Pídanse tarifas de precios. PUEBLA, 19, frente á San Antonio de los Portugueses.</p>	<p>SILLERIAS DE RASO de lana, 1.400 rs.</p>
--	--	---

M^o LADVOCAT, DARQUET & C^o
 5 & 7, Rue Lévêque, Argenteuil, près Paris.
FLOR DE CISNE, polvos adherentes con glicerina para los cutis delicados siempre 20 años. — **AGUA DE LA HADA DE LAS ROSAS** contra las arrugas. — Medalla de Oro.

PERFUMERIA DE PASCUAL
 Arenal, 2, Madrid.
 Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.
 En esta acreditada perfumeria es donde deben comprarse todos los artículos de perfumeria fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.445

perteneciente al número del 2 de Marzo que se reparte hoy.

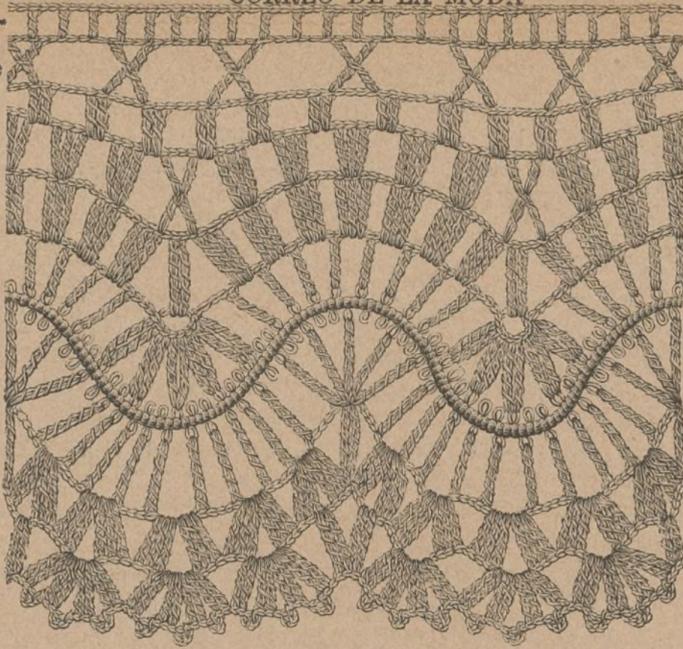
Por un error material, en dicho número apareció equivocada la explicación del figurin, la cual es como sigue:

FIG. 1.^a Traje de recepción.

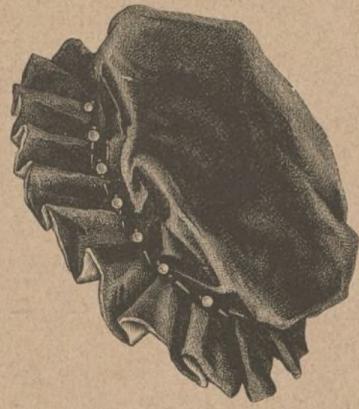
Falda redonda, plegada á la rusa, de seda de reflejos cambiantes, así como la echarpe, que descendiendo de la cadera derecha pasa á anudarse sobre la cadera izquierda. Cuerpo Luis XIII, de seda rameada, fondo pompeiano, con aldetas añadidas y bordados de oro. Otro echarpe de esta última tela orillada con dos órdenes de encaje va colocada en el bajo de la falda,



27. Cófia de mañana.



28. Puntilla de crochet para la cófia núm. 27.



29. Sombrero Page.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.446

que acompaña al presente número.

FIG. 1.^a Traje de teatro y concierto.

Falda corta de seda lisa, fruncida en el paño de delante y los costados. El cuerpo-túnica es de seda brochada. El borde inferior de la cola está adornado con una ruche de seda lisa y una guirnalda de flores. Por delante describe picos guarnecidos con una tira bordada que ocultan en parte la falda. Berta de



30. Lazo para vestido.

fruncida del centro de delante y terminada con una caída adornada de fleco. Lazos del color del vestido.

FIG. 2.^a Traje de paseo y visitas. — Falda corta plegada á la rusa en toda la altura del paño de delante. Redingot que abre por delante desde la cintura para dejar ver la falda. En las costuras de la espalda y de los costadillos deben hacerse los piquetes necesarios para poder dar la forma de abanico al redingot. Capucha, solapas y carteras de raso del mismo color, pero más



32. Flor para el fichú núm. 31.



34. Traje para paseo.

35. Traje para señorita



31. Fichu de tul bordado en oro. (Véanse números 32 y 33.)

la tela lisa alrededor del escote redondo.

FIG. 2.^a Vestido de teatro ó concierto, para jovencita. — Falda de raso cubierta con volantes de tarlatana verde agua. Túnica que abre en el centro de delante de tarlatana á rayas caladas, recogida con lazos de raso azul pálido. Plaston estrecho de raso plisse; guantes largos bordados.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI

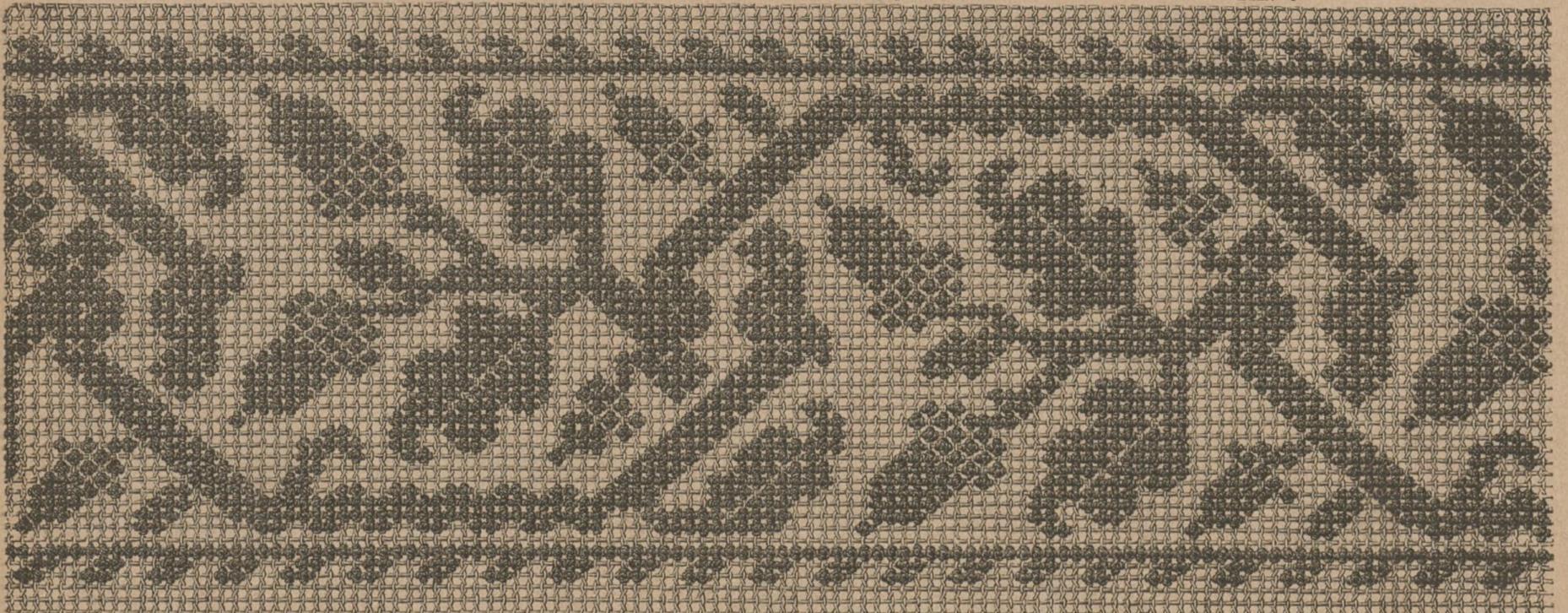
que se hallan de venta en la Administración de EL CORREO DE LA MODA.

Marina. Narracion histórica. 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

La gota de agua. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.



33. Flor para el fichú núm. 31.



86. Cenefa: bordado italiano sobre cañamazo malla.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1446.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11 Madrid.